



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

El lado sorprendente de Dios

Sobrepasando nuestras expectativas

CONTENIDO

Buscando a Dios.....	2
El lado sorprendente de Dios	9
<i>La majestad adopta una condición ordinaria.....</i>	10
<i>La grandeza adopta lo insignificante</i>	15
<i>La perfección adopta lo quebrantado.....</i>	17
<i>El propósito adopta lo rebelde.....</i>	21
<i>La suficiencia adopta lo inepto.....</i>	24
<i>La pureza adopta lo pecaminoso.....</i>	27
Encontrando a Dios en la cruz.....	30
¿Dónde encajo yo?.....	32

EL LADO SORPRENDENTE DE DIOS

¿Qué podemos aprender del conflicto que surgió entre Jesús y algunas de las personas más religiosas de su tiempo? La pregunta es importante para aquellos de nosotros que luchamos con el sentimiento de que Jesús no ha satisfecho nuestras expectativas.

Es probable que algunos de los problemas que confundieron a los compatriotas de Jesús sean también nuestros problemas. Con esto en mente, Bill Crowder, Director de Ministerios Eclesiásticos de RBC, nos ayuda a volver a estudiar a Aquel que ha prometido, cuando sea Su tiempo, sobrepasar maravillosamente todas nuestras esperanzas y nuestros sueños.

En términos prácticos, el autor nos ayuda a ver que, debido a que nuestro Dios no cambia, también podemos esperar que Él nos sorprenda hoy.

Martin R. De Haan II

BUSCANDO A DIOS

Cuando yo era un niño, estaba fascinado con la película de ciencia ficción *El Hombre Invisible*. La historia trataba acerca de alguien que envolvía su rostro con vendas y usaba sombrero, guantes y vestimenta para darse una apariencia física. Pero cuando quería desaparecer, simplemente se quitaba todo lo que lo cubría. Era como si estuviera jugando una elaborada versión del «Escondite».

En menor manera, el hombre invisible refleja la naturaleza elusiva de Aquel, quien, según la Biblia y un himno conocido, es:

*Inmortal, invisible,
Dios único y sabio,
inaccesible en la luz,
oculto a nuestros ojos.*

Aunque esta letra tan querida ha inspirado asombro y adoración, también nos deja sintiéndonos abrumados con una sensación de desconexión con nuestro propio Creador. Al celebrar

a Aquel que es inaccesible y oculto a la vista, estas palabras pueden dejarnos con un sentimiento equivocado de que el amor y la confianza se encuentran demasiado lejos y más allá de nuestro alcance.

*Nos preguntamos
cómo podríamos
llegar a tener una
relación con un Dios
que es físicamente
inaccesible.*

Tal vez esta sea la razón por la que tantas personas se interesan en libros como Dios se acercó, de Max Lucado. Sentimos la necesidad de un Dios que nuestros pensamientos puedan encontrar y tocar. Nos preguntamos cómo podríamos llegar a tener una relación con un Dios que es físicamente inaccesible.

Estas preocupaciones son el motivo por el que necesitamos comprender

el resto de esta historia asombrosamente maravillosa. Aunque Dios permanece velado a nuestra vista, la Biblia nos tranquiliza dándonos la seguridad de que Él está más cerca, es más accesible y más fácil de alcanzar por medio de nuestras oraciones de lo que jamás podríamos haber imaginado.

¿CÓMO ES DIOS?

La Biblia muestra que el Señor de los cielos sabe lo difícil que es para nosotros relacionarnos con un Dios invisible. Según el Nuevo Testamento, esa es una de las razones por la que el Hijo de Dios se convirtió en el Hijo del Hombre. Al hacerse de carne y hueso como nosotros, Jesús reflejó el rostro y el corazón de Dios hacia nosotros (Colosenses 1:15).

Pero si Jesús personificó al Dios de Abraham, ¿por qué tantos líderes religiosos de Israel Le rechazaron?

Para entender por qué las mismas personas que buscaban a su Mesías

prometido después pidieron Su muerte a gritos, tratemos de estudiar cuál era el punto de vista que ellas tenían acerca de Su vida. En vez de asumir que no tenían razón alguna para ser tan hostiles hacia Jesús, pensemos en qué era aquello que buscaban las personas que esperaban al Mesías. ¿Cuál era el reflejo de Dios que ellas habrían *esperado ver*?

*Al hacerse de
carne y hueso
como nosotros, Jesús
reflejó el rostro y
el corazón de Dios.*

¿QUÉ ESPERABA ISRAEL?

Los relatos de los testigos presenciales en el Nuevo Testamento muestran que los espectadores de Jesús del primer siglo buscaban a un Mesías que cumpliera con lo que los profetas del Antiguo Testamento habían predicho.

Esperaban que Él les librara de sus enemigos. También creían que Él mostraría el carácter y el poder del Dios de Israel.

Sin embargo, también había algunas cosas que no estaban buscando. No esperaban que su Mesías afirmara que era Dios. Tampoco soñaban que su largamente esperado Libertador avergonzaría y enfurecería a un gran número de sus líderes religiosos. Tampoco esperaban que Él les mostrara cuánto malinterpretaban a su Dios y Su actitud hacia la ley moral.

El Antiguo Testamento tenía mucho qué decir acerca del Siervo venidero del Señor que expresaría el sentir y el poder de Dios. De hecho, uno de los pasajes clave del Antiguo Testamento que describe la misión del Mesías prometido era un texto que Jesús reclamó como Suyo cuando predicó en la sinagoga de Su pueblo natal, Nazaret. Lucas lo describió de esta manera:

Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El espíritu del Señor está sobre mí por cuanto me ha unguido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros (Lucas 4:16-21; compárese con Isaías 61:1-2).

Luego dijo Lucas: «Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados

de las palabras de gracia que salían de su boca» (v. 22). En los días que siguieron, aquellos que escucharon a Jesús siguieron percibiendo la verdad que Él les enseñaba (Lucas 20:21).

***¿Quién es éste,
que aun el viento y
el mar le obedecen?***

—Marcos 4:41

En las aguas de Galilea Le vieron calmar una rugiente tormenta de tal modo que «temieron con gran temor y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?» (Marcos 4:41).

Cuando la gente Le vio dominar a demonios, «se maravillaba, y decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel» (Mateo 9:33).

Las multitudes vieron a un hombre que respaldó Sus palabras con el poder y la autoridad de Dios. Mateo escribió:

Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo (Mateo 4:23).

De muchas maneras, las personas que vieron a Jesús presenciaron lo que debieron haber estado esperando del Mesías:

- poder que revelaba poder;
- autoridad que revelaba autoridad;
- justicia que revelaba justicia;
- verdad que revelaba verdad.

El Antiguo Testamento había hablado claramente al pueblo de Dios acerca de Su carácter y Su poder —y el Jesús que el pueblo vio mostró verdad y poder de maneras tan irrefutables que las personas se maravillaban ante lo que Él hacía y decía. Lo que vieron y escucharon les debía hacer pensar intensamente en aquello que entendían que

debía esperarse de Dios y Su Mesías.

Así que, si Jesús les mostró lo que estaban buscando, ¿por qué no Le reconocieron? ¿Acaso fue tan sólo porque Él les dijo que no estaba listo para librarles de la opresión política de sus enemigos? ¿Acaso fue porque les dijo que tenía que sufrir y morir por sus pecados? ¿O acaso se debió más a su propia ceguera?

POR QUÉ NO PODÍAN VER

El Antiguo Testamento le había dado al pueblo judío abundante información para prepararlo para la llegada del Mesías. Así que, ¿por qué no Le vieron claramente?

La razón para su falta de conexión puede servir como una advertencia para todos nosotros. Sospecho que el problema no era simplemente de perspectiva sino de presuposiciones. La realidad es que en la mayoría de los casos no comenzamos con una hoja de papel en blanco. Llegamos al momento de

tratar un asunto con toda una vida de ideas acumuladas a partir de nuestra experiencia, nuestra cultura, nuestros orígenes y nuestra formación, que desarrollan prejuicios en nuestro pensamiento y limitan nuestra visión.

Claramente, este problema causó un gran impacto en la capacidad de los líderes religiosos del primer siglo de modo que no reconocieron que Jesús era su Mesías. A pesar de las enseñanzas inalterables de Moisés y los profetas, lentamente habían añadido una complicada tradición oral a lo que en realidad decían las Escrituras. Muchas de estas añadiduras a la ley parecían, a simple vista, dar honra a las Escrituras. Pero demasiado a menudo los cambios se centraban más en aspectos de conformidad externa que en el corazón y espíritu de la ley.

El resultado fue que los líderes religiosos de Israel encontraron maneras de excusar sus propios motivos equivocados centrándose

más en lo ritual que en lo espiritual. Muchos gradualmente asumieron que podrían estar bien con Dios bajo sus propios términos y con sus propias fuerzas.

Este tipo de pensamiento está vivo y coleando hoy en día. Lo que *vemos* está de muchas maneras predispuesto por lo que queremos ver. El resultado de esos supuestos es predecible y podría expresarse por medio del «principio de la cercanía». Este principio establece que, cuanto más cerca estemos de Dios, tanto más conscientes estaremos de nuestro propio pecado, debilidad y flaqueza. Sin embargo, de manera inversa, cuánto más lejos estamos de Dios, tanto más claramente vemos el pecado, la debilidad, y la flaqueza de los demás.

Vemos un ejemplo de este principio en el rechazo a Jesús por parte de los líderes religiosos. Con repercusiones que ellos mismos no veían...

- ...creían que conocer, declarar y practicar externamente la ley significaba que eran

mejores que los gentiles y los pecadores «inmundos»;

- ...creían que eran defensores de la rectitud y la justicia, y que eran los paladines de la resistencia a la influencia pagana;
- ...creían que su ritual de sacrificios de sangre era la solución para el pecado a nivel personal y nacional;
- ...despreciaban a sus enemigos y a todos aquellos a los que no consideraban dignos de Dios;
- ...esperaban que el Mesías les libertaría de la ocupación extranjera que sufría la nación, no de su pecado personal;
- ...asumían que el Mesías confirmaría su liderazgo y compromiso con la ley;
- ...asumían que el Mesías les daría una señal si la exigían;
- ...les sentaba mal la crítica que recibían de parte de Jesús;

- ...y tenían envidia de la influencia de Jesús sobre las personas que estaban «perdiendo».

Cuando Cristo vino como el Rescatador, ellos no vieron la necesidad de ningún tipo de rescate personal. De hecho, no estaban buscando perdón personal ni misericordia. Querían a un Mesías que les confirmara e hiciera cumplir las normas que ellos erróneamente pensaban que podían alcanzar.

***Cuando Jesús
vino presentando
una visión de Dios
que no encajaba
con sus expectativas,
estos líderes
determinaron que
Él no era auténtico.***

Como resultado de ello, cuando Jesús vino presentando una visión de

Dios que no encajaba con sus expectativas, estos líderes determinaron que Él no era auténtico. Trágicamente, sus suposiciones carecían de toda base desde una perspectiva eterna.

En su papel como «la imagen del Dios invisible» (Colosenses 1:15), Jesús presentó una visión del Padre que no era sino lo que las Escrituras les enseñaban a los israelitas de lo que habían de esperar. Y, sin embargo, lo que vieron les sorprendió. Era una perspectiva que continuamente desconcertaba a la gente —y sigue haciéndolo hoy. ¿Por qué? Porque Jesús no sólo reveló el carácter y el poder de Dios, les reveló a los judíos (y a nosotros) el corazón de Dios. Él vino para proveer el perfecto equilibrio entre la gracia y la verdad a una generación que erróneamente pensaba que podía manejar la verdad y que no necesitaba la gracia de Dios. Es por eso que lo que vieron en Cristo les causó semejante sorpresa.

EL LADO SORPRENDENTE DE DIOS

Las sorpresas pueden ser interesantes. Algunas veces son maravillosas y emocionantes —como la persona que trabaja duro en su trabajo sin esperar recompensa o reconocimiento alguno y recibe la sorpresa de un codiciado ascenso. Es un momento de impacto gozoso, y la sonrisa de oreja a oreja se le queda pegada en el rostro por días enteros. ¡Qué sorpresa tan grandiosa!

Sin embargo, hay otros momentos cuando las sorpresas pueden ser desgarradoras, incluso aterradoras —como la persona que va a su chequeo médico rutinario sintiéndose de maravilla, sólo para que le digan que va a tener que enfrentar algunos problemas de salud graves que se le han encontrado.

Pero, ya sean buenas o malas, las sorpresas pueden suponer un costo.

Sin misericordia alguna, desafían nuestras cómodas suposiciones en cuanto a la vida.

Así de perturbadores también son los resultados que se dan cuando Jesús nos revela a Dios. Él ha ido más allá de lo que previeron las personas de Su tiempo o de lo que prevén las personas de nuestro tiempo. Nos lleva al borde del universo y nos permite echarle un vistazo al salón del trono del Padre. Y lo que vemos allí probablemente sea muchísimo más maravilloso y también más perturbador de lo que esperamos.

El lado sorprendente de Dios nos desafía a reconsiderar nuestros paradigmas espirituales y bíblicos. Jesús nos ayuda a considerar una visión de Dios que probablemente sea diferente de lo que habríamos imaginado.

Estas expresiones del corazón de Dios —que estaban fuera de las normas esperadas— pueden ayudar a explicar por qué muchas

de las personas que vivían en el tiempo de Jesús no Le reconocieron plenamente. También nos ayuda a entender por qué las personas siguen malinterpretando y tergiversando Su mensaje hoy.

Jesús reveló a Dios de maneras tan inesperadas que simplemente no tenemos etiquetas adecuadas con qué categorizar el corazón del Padre tal y como Jesús lo dio a conocer.

La revelación que Dios hizo de Sí mismo en Cristo es más maravillosa y sorprendente que lo que cualquier persona podría haber esperado.

Así que, ¿qué nos dijo Jesús acerca de Dios que sea sorprendente? Hay que admitir que un librito del tamaño de éste sólo puede

comenzar a darnos una aproximación.

Pero las páginas que siguen nos mostrarán unas cuantas maneras de cómo la revelación que Dios hizo de Sí mismo a través de Cristo es más maravillosa y sorprendente que lo que cualquier persona podría haber esperado.

LA MAJESTAD ADOPTA UNA CONDICIÓN ORDINARIA

La primera vez que fui a Israel pasé la mayor parte de mi visita a esta tierra de la Biblia con una actitud de sobrecogimiento.

- Quedé pasmado cuando vi el Mar de Galilea por primera vez, donde Jesús pasó tanto tiempo de Su vida y ministerio terrenales.
- Quedé sobrecogido ante la visión imponente de la antigua ciudad de Jerusalén desde la cima del Monte de los Olivos.
- Quedé intrigado con la historia y el dolor de la

fortaleza de Masada en la montaña.

- Quedé desolado por el sentimiento de horror y dolor que experimenté al pasar tiempo en el monumento a la memoria de las víctimas del Holocausto en Yad Vashem en Jerusalén.

Sin embargo, aun con todas esas maravillas, fue una sorpresa para mí lo poco impresionado que quedé ante dos de los lugares más famosos en las tierras bíblicas—Belén y Nazaret. Eran completamente ordinarios. Eran ciudades simples y sucias, lejos de la pintoresca «pequeña ciudad de Belén» que yo había previsto cada año en Navidad. No estaba preparado para la condición ordinaria que vi en esos sitios históricos.

No obstante, a pesar de mi decepción personal, eso es precisamente lo que las hace tan importantes. Son una especie de metáfora del Cristo, cuya encarnación misteriosa e inexpressable le dio importancia a esas

aldeas adormecidas y antiguas.

La idea de que no había nada que desear en Su apariencia habla de la manera absolutamente común y corriente en la que el Mesías e Hijo de Dios se presentaría.

Era apropiado que la vida terrenal de Jesús estuviera ligada a lugares tan ordinarios como éstos. A pesar de la gloria de Su identidad, sus contemporáneos a menudo veían a Cristo mismo como a alguien demasiado familiar y ordinario.

Incluso el profeta Isaías advirtió a las personas que así sería:

Subirá cual renuevo delante de él, y como

raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos
(Isaías 53:2).

Las palabras de Isaías no son lo que muchos de nosotros habríamos esperado. La idea de que no había nada que desear en Su apariencia habla de la manera absolutamente común y corriente en la que el Mesías e Hijo de Dios se presentaría.

Cuando era niño, recuerdo que mi padre me llevó a ver la película *El Rey de reyes*. El papel de Jesús fue interpretado por Jeffrey Hunter, quien era, se mire como se mire, un hombre muy bien parecido. En su representación de Cristo, Hunter llevaba una larga y suelta cabellera castaña rojiza y tenía penetrantes ojos azules —lo cual causaba una impresión convincente.

Sin embargo, Jesús no vino a la tierra con la atractiva apariencia de una estrella de cine. De hecho, lo que implican

las palabras de Isaías es justamente lo opuesto. Él se habría visto como un judío normal, ordinario, común y corriente del primer siglo con cabello y ojos oscuros y piel aceitunada. Isaías había preparado al pueblo para la llegada del Mesías tal y como Él llegó, pero no captaron la importancia de sus palabras.

La condición ordinaria con la que Jesús se presentó deliberadamente se aprecia aún más en la condición ordinaria del lugar donde vivió. Con respecto a la reputación de la aldea de Nazaret, el maestro bíblico Adam Clarke escribió:

Podríamos suponer que Nazaret, en este momento había llegado a estar tan abandonada que nada bueno podía esperarse de nadie que habitara en ella, y que su maldad se había hecho proverbial, ‘¿De Nazaret puede salir algo de bueno?’

Este pensamiento ciertamente explicaría la reacción de Natanael ante la

declaración de Felipe de que había encontrado a alguien especial de Nazaret:

Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret. Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve (Juan 1:45-46).

Ser de Nazaret de Galilea puso un gran estigma sobre Cristo. La aristocracia religiosa de Jerusalén consideraba a los galileos atrasados e ignorantes. Así que alguien de Galilea no sería considerado como un candidato digno para el papel de Mesías. Notemos:

Entonces algunos de la multitud, ...decían: Verdaderamente éste es el profeta. Otros decían: Éste es el Cristo. Pero algunos decían: ¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era

David, ha de venir el Cristo? (Juan 7:40-42).

El análisis definitivo que las personas hacen de la procedencia de Jesús se registra en Juan 7:52 cuando los líderes religiosos le dijeron a Nicodemo:

Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta.

De manera trágica, sus conclusiones se basaban en pensamientos errados. De hecho, ya había habido un profeta de Galilea. Jonás era de la aldea de Gat-hefer (2 Reyes 14:25), tan sólo a unos cuatro kilómetros de Nazaret. Sin embargo, en su incapacidad para distinguir a Cristo de entre lo común, desecharon la verdad de quién era Jesús en realidad, y no lograron captar Su verdadera identidad.

La realidad de la encarnación nos enseña que lo que las personas vieron en la apariencia externa de Jesucristo sólo era una pequeña parte de Su realidad. En Mateo 17 podemos ver algo del resto.

En ese pasaje, Jesús ha subido a un monte en Galilea con tres de Sus discípulos (Pedro, Jacobo y Juan). El registro de Mateo de los momentos que pasaron allí es deslumbrante en cuanto a su descripción de la verdadera naturaleza del Jesús al que se consideraba alguien tan común. Notemos:

*Seis días después,
Jesús tomó a Pedro,
a Jacobo y a Juan su
hermano, y los llevó
aparte a un monte alto;
y se transfiguró delante
de ellos, y resplandeció
su rostro como el sol, y
sus vestidos se hicieron
blancos como la luz.
Y he aquí les aparecieron
Moisés y Elías, hablando
con él. Entonces Pedro
dijo a Jesús: Señor,
bueno es para nosotros
que estemos aquí; si
quieres, hagamos aquí
tres enramadas: una
para ti, otra para Moisés,
y otra para Elías. Mientras
él aún hablaba, una nube
de luz los cubrió; y he
aquí una voz desde la*

*nube, que decía: Éste es
mi Hijo amado, en quien
tengo complacencia;
a él oíd. Al oír esto los
discípulos, se postraron
sobre sus rostros, y
tuvieron gran temor
(Mateo 17:1-6).*

La verdadera naturaleza de Cristo fue refrendada por la extraordinaria aparición de Moisés y Elías. Pero, lo que es aún más importante, esa naturaleza fue revelada con la muestra de Su gloria («se transfiguró») y con la declaración del Padre («mi Hijo amado»). La majestad de Cristo se manifestó en ese monte.

A pesar de su apariencia, crianza, estilo de vida y antecedentes comunes, no había nada de ordinario en Cristo. Su majestad no quedó disminuida por la manera común en la que eligió revelarse a Sí mismo. Él seguía siendo el majestuoso Rey del cielo, aun cuando en la carne estuviera vestido de una apariencia humana común y corriente.

LA GRANDEZA ADOPTA LO INSIGNIFICANTE

Una vez escuché una historia acerca del Dr. Harry Ironside cuando era el pastor de la Iglesia Memorial Moody en Chicago. Una familia había sido grandemente influenciada por las enseñanzas del Dr. Ironside. Como resultado de ello, ahorraron durante meses para llevar a sus hijos en un viaje especial a Chicago para escuchar a este famoso predicador.

Cuando finalmente visitaron la iglesia, los padres quedaron emocionados con la experiencia de la alabanza, y se emocionaron por haber escuchado al Pastor Ironside en persona. Mientras salían del servicio religioso, pensaron que sus hijos también se habrían regocijado con la experiencia, así que les pidieron que compartieran sus pensamientos. Después de reflexionar un rato, uno de los niños dijo: «Siempre he escuchado lo grandioso que se suponía que era el Pastor Ironside. Pero no fue tan

grandioso. Entendí todo lo que dijo».

En un sentido, así fue con Jesús. Los «grandes» líderes religiosos de Su tiempo no estuvieron inclinados —o ni siquiera fueron capaces— de relacionarse bien con las personas aparentemente insignificantes del mundo. Jesús, no obstante, mostró cómo la verdadera grandeza es capaz de salvar esa brecha de una manera que parecía natural y sin esfuerzo alguno.

En el Israel del primer siglo, muy pocas cosas eran consideradas más insignificantes que los niños. Y, sin embargo, Jesús amaba a los niños y ellos se sentían cómodos con Él. Jesús incluso usó a un niño como ilustración de la verdadera grandeza:

Y Jesús, percibiendo los pensamientos de sus corazones, tomó a un niño y lo puso junto a sí, y les dijo: Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe

a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande (Lucas 9:47-48).

Incluso hoy tendemos a pensar que a los niños «se les debe ver pero no escuchar». Tenemos la tendencia a compartir el mismo sentimiento de W. C. Fields cuando dijo: «Vete, niño. Me molestas». Pero los niños no eran insignificantes para Jesús.

De hecho, desde el pajarillo más pequeño (Mateo 10:29) hasta los lirios del campo están aquí hoy, pero ya no mañana (Mateo 6:28-30), Jesús constantemente colocaba el valor de la grandeza en las cosas que el mundo veía como insignificantes.

Irónicamente, cuando Jesús adoptó lo insignificante, abiertamente expuso la relativa insignificancia de aquellos que buscaban presentarse como grandes. En Mateo 20:25-26, Jesús trató ese problema de frente, tal y como leemos a continuación:

Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor.

Jesús, cuando trató con el joven rico, buscó traer una perspectiva celestial a nuestros paradigmas terrenales recordándonos el peligro de ser consumidos por las grandes riquezas (Marcos 10:22). Él también advirtió que no se debe medir la grandeza por logros que no pueden perdurar al exponer la naturaleza temporal del templo (Marcos 13:1-2). Incluso advirtió contra la tendencia de las personas presumidas a hacer alarde de su religión como si fuera el emblema y la insignia de su grandeza (Mateo 6:1-5).

Jesús sorprendió a las personas de Su tiempo

redefiniendo los términos y las normas de lo que era verdaderamente grande y lo que en realidad era insignificante. Y debido a que Él mismo era —y es— verdaderamente grande, era inquietante Su disposición a darle valor a lo que el mundo veía como carente de importancia. Incomodó a las personas de Su tiempo al desdeñar constantemente lo «grande» para adoptar lo «insignificante».

*Irónicamente,
cuando Jesús
adoptó lo
insignificante,
abiertamente
expuso la relativa
insignificancia
de aquéllos
que buscaban
presentarse
como grandes.*

LA PERFECCIÓN ADOPTA LO QUEBRANTADO

En un viaje misionero a Yakarta, Indonesia, estaba yendo a la ciudad para la sesión de la tarde de la conferencia bíblica en la que estaba participando. Mientras íbamos en el automóvil, las escenas que veíamos a lo largo del camino oscilaban entre bastante divertidas y profundamente perturbadoras.

Era bastante divertido observar a hombres vendiendo a los conductores que se detenían con el tráfico en la carretera revistas estadounidenses para hacer mejoras en la vivienda. Pero era profundamente perturbador ver a familias, personas y niños viviendo en la mayor miseria, obviamente sin vivienda, vestido, alimento, agua o salubridad adecuados.

Ver ese tipo de pobreza casi me hizo sentir la necesidad de girar el rostro. Eran escenas que a menudo crean respuestas en nosotros que van desde la culpa hasta

la ira, y desde el desprecio hasta la apatía. Pero en la mayoría de los casos, simplemente desviamos nuestros ojos y no hacemos nada. Vemos lo quebrantado de la vida en este mundo y nos parece que es más de lo que podemos «digerir». Pero Jesús era diferente. Él adoptó lo quebrantado de este mundo e invirtió Su propia vida en ello. De hecho, en realidad transformó lo quebrantado de la vida en algo radicalmente distinto.

***Jesús entregó
compasión y
preocupación a
los quebrantados
que habían sido
abandonados por
casi todos los demás.***

Pocas cosas causaron mayor perplejidad a las personas de la generación de Jesús que la disposición que Él tenía de invertir Su

propia vida y Su cuidado en los marginados y rechazados de la sociedad. Jesús entregó compasión y preocupación a los quebrantados que habían sido abandonados por casi todos los demás. Tal vez no haya episodio que muestre esto con mayor claridad que la interrelación de Jesús con un leproso en particular.

Debemos recordar que en los días de Jesús la lepra era una enfermedad fea y destructiva, que, además, se temía como altamente contagiosa. Cuando una persona desarrollaba una mancha seca en la piel, los sacerdotes la examinaban y luego aislaban a la persona por un periodo de tiempo. Si el segundo examen determinaba que la mancha era en efecto leprosa, el que la sufría era alejado de su familia, su hogar, su carrera, su comunidad y su sinagoga para deambular fuera de la esfera de la sociedad. A menudo vivía en comunidades de exiliados con otros sufrientes atacados por la enfermedad y jamás

se le permitía reengancharse en la vida tal y como la había conocido antes de contraer la lepra. Si esta persona se encontraba entre gente «normal» tenía que cubrirse la boca y gritar una advertencia para todos: «¡Inmundo! ¡Inmundo!»

Los leprosos eran los últimos marginados de su época, un cuadro del quebrantamiento de personas caídas en un mundo caído. Llevaban una vida de aislamiento, pesar, vergüenza y angustia.

Todo esto nos ofrece el trasfondo para entender la naturaleza extraordinaria del encuentro de Jesús con un leproso en particular. Notemos cómo Mateo describió la escena:

Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. Entonces Jesús le dijo: mira, no lo digas a nadie;

sino ve, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos (Mateo 8:2-4).

Dos cosas sobresalen de manera extraordinaria cuando leo ese relato. La primera es la osadía del leproso. Casi puedo imaginarle abalanzándose hacia Jesús, mientras las multitudes se apartaban como el Mar Rojo cuando este hombre obviamente afligido se movía entre ellas. Su confiada actitud en la capacidad de Cristo para rescatarle de su lepra fue el poderoso motivador que le impulsó hacia el Salvador.

Lo segundo que noté es la compasión de Cristo —aun cuando la palabra compasión no se usa en el texto. Jesús podría haber sanado a este hombre utilizando una docena de formas distintas para hacerlo. Podría haberlo sanado con un pensamiento, una palabra, un gesto, o un movimiento de cabeza en señal de aprobación. Pero no. Jesús violó toda prohibición

social y religiosa vigente en Su tiempo al sanar al leproso tocándole.

Para una persona que no había sentido el contacto humano en años, el toque compasivo del Maestro contribuyó más a la sanidad del solitario corazón de este leproso que a la sanidad de su cuerpo enfermo. Es algo poderoso ver hasta dónde Jesús estaba dispuesto a ir con tal de causar un impacto en esta vida profundamente quebrantada.

Jesús violó toda prohibición social y religiosa vigente en Su tiempo al sanar al leproso tocándole.

Pero, ¿por qué?
¿Por qué Jesús hizo todo lo posible para engranarse con un mundo quebrantado? Tal vez podamos encontrar una pista que nos lleve a la respuesta en la carta a

los Hebreos en el Nuevo Testamento. Allí leemos:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4:15-16).

Jesús experimentó la vida en su nivel más desafiante. Y lo hizo, en parte, para que cuando las luchas de la vida nos quebranten y nos volvamos a Él en busca de consuelo y ayuda, sepamos que Él entiende. Él entiende debido a la manera en que de buena gana se insertó en la vida —comprometiéndose, experimentando y recibiendo a las personas quebrantadas en el momento de su necesidad.

Usando la metáfora de una lluvia purificadora, Michael W. Smith canta elocuentemente acerca del

impacto de Cristo en las vidas quebrantadas en su canción «Lluvia Sanadora»:

Cae la lluvia sanadora;

Se acerca

*A las personas perdidas
y encontradas.*

Lágrimas de gozo

Y lágrimas de vergüenza

En el nombre de Jesús

Por siempre enjugadas¹.

Jesús pudo causar un impacto en las vidas quebrantadas porque estuvo dispuesto a inyectar Su perfección divina en el quebrantamiento de ellas, lo cual fue otra sorpresa para las multitudes que observaban.

EL PROPÓSITO ADOPTA LO REBELDE

Vladimir Baluev es un ejemplo de alguien con enfoque y disciplina. Muestra la resistencia que se requiere para la maratón de la vida.

Vladimir establece iglesias en Rusia y lleva una profunda carga por el bienestar espiritual de su pueblo; tan pesada es esta carga que, cuando le conocí,

estaba estableciendo iglesias en seis aldeas rusas distintas al mismo tiempo. Él pasa un día a la semana en cada aldea y luego un día en casa.

Algunas personas podrían cuestionar si es sabio intentar hacer tanto. Pero Vladimir simplemente está respondiendo al sentido de propósito que impulsa su corazón. Él está comprometido a alcanzar a su pueblo para Cristo, sin importar el costo.

Si bien hay muchas personas en el mundo con un enfoque y abnegación admirables para alcanzar sus metas, no es algo natural para nosotros mantener nuestros ojos puestos en la meta de servir a Cristo cueste lo que cueste.

Cuando se trata de servir incondicionalmente al Señor en Su tiempo y con Sus recursos, el corto alcance de nuestra atención expone nuestra verdadera naturaleza.

Las Escrituras reflejan nuestra debilidad describiéndonos como ovejas. Las ovejas son notables por

su falta de visión y propósito. De hecho, lo que las define es su extravío. Así que el profeta Isaías escribió lo siguiente en nombre del Dios que nos ama:

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Isaías 53:6).

Y Mateo añadió:

Y al ver [Jesús a] las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor (Mateo 9:36).

Estas declaraciones inspiradas son un recordatorio de nuestra básica tendencia humana a desviarnos. Los cantos de sirena del mundo y el ruido de fondo de la vida nos distraen. Perdemos de vista la meta y nos perdemos, siguiendo nuestro propio camino, sin estar siempre seguros a dónde éste nos llevará.

Esta es una realidad que resuena en las palabras del gran himno «Come, Thou Fount Of Every Blessing» («Ven, fuente de toda bendición»), de Robert Robinson:

¡Oh, cuán gran Deuda cada día

A la gracia le debo atribuir!

Que Tu bondad

Como cadenas,

Ate mi extraviado

Corazón a Ti

Propenso a perderme

Siento que soy, Señor.

Dejando al Dios que amo

Propenso a partir.

«Propenso a perderme», «propenso a partir». El compositor claramente reconoció nuestra inclinación a desviarnos de las cosas de Dios más que a ser llevadas por ellas. Es esta flaqueza humana fundamental la que expone cuán desesperadamente necesitamos que Su gracia nos ate a Él, si no, perdemos nuestro rumbo.

En contraste con las vidas caprichosas que Jesús encontró, todo lo que Él

hizo mostraba la absoluta determinación y enfoque de Su corazón en los propósitos del Padre.

Esto se manifestó de manera especialmente veraz en la marcha firme y constante de Cristo hacia la cruz, incluso mientras Sus discípulos trataban de desviarle del destino que Su Padre había determinado para Él en el Calvario. La tensión creada por esta presión llegó a su punto culminante cuando Pedro desafió a Jesús en Mateo 16:21-23:

Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro:

¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

Jesús vino con un claro propósito: dar luz y dirección a las personas que estaban deambulando como ovejas extraviadas. Él fue el modelo de esa determinación («*le era necesario* ir a Jerusalén») dejando a un lado cualquier cosa que Le distrajera de la voluntad de Su Padre y colocándose en un camino de determinada obediencia —aun sabiendo que tal obediencia llevaba a la cruz. Tal resolución era perturbadora para los líderes religiosos, quienes habían adoptado la conveniencia política y situacional. En vez de ser desafiados por la determinación de Jesús, buscaron explotar la situación para lograr sus propios objetivos políticos.

La medida de la determinación de Jesús se ve en Filipenses 2:8, donde Pablo escribió:

Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Jesús fue obediente al plan de Su Padre a lo largo de todo el camino hasta Su muerte en la cruz. El sentido del propósito divino mostrado por Cristo fue la única respuesta adecuada a nuestro desvío, el cual nos ha alejado de Dios.

LA SUFICIENCIA ADOPTA LO INEPTO

Leemos en un adhesivo de parachoque. «Cuando llegues al final de tu cuerda, haz un nudo y sujétate». Suena como un consejo muy inteligente —hasta que todo nuestro mundo se desmorona aparatosamente a nuestro alrededor.

Algunas veces la vida se vuelve abrumadora. No podemos hacerle frente al dolor y al sufrimiento causados por las circunstancias trágicas que se dan en nuestras familias sin sentirnos afectados. Esto

nos lleva a darnos cuenta de nuevo de que somos incapaces para «digerir» la vida en un mundo caído.

Pero, a menos que nos encontremos al borde del desastre, a menudo tendemos a vivir de tal manera que apesta a independencia y autosuficiencia. Salimos adelante sin la ayuda de nadie y continuamos, convencidos de que por la fuerza de nuestra propia voluntad podemos hacer cualquier cosa que nos propongamos.

Este es un trágico auto-engaño. Podemos cantar «Lo hice a mi manera», pero la realidad sigue siendo que nos colocamos en un gran peligro cuando confiamos en nuestra propia suficiencia.

Al escribirle a una congregación ufana en la ciudad de Corinto, el apóstol Pablo hizo esta advertencia:

Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga (1 Corintios 10:12).

El apóstol comprendió que simplemente no tenemos

el nivel de autosuficiencia que afirmamos tener al enfrentar los graves problemas de la vida. No hay un desafío suficientemente grande como para compensar la falta de sabiduría, fuerza y justicia necesarias para navegar por los dolores de este mundo.

***A menos que
nos encontremos al
borde del desastre,
a menudo tendemos
a vivir de una manera
tal que apesta
a independencia y
autosuficiencia.***

Tal vez esa sea la razón por la que tantos ex-atletas profesionales luchan para adaptarse a la vida una vez que se retiran del mundo del deporte. En el campo de juego, todo está bajo control. Todo tiene sentido. Todo es manejable. Pero, una vez fuera, la vida se traslada

a otro campo, donde su habilidad atlética tiene menos valor.

Cuando los atletas viven la mayor parte de sus vidas en un mundo «artificial» donde sus habilidades están diseñadas para manejar un tipo específico de vida controlada, pueden desarrollar un tipo de confianza que, de hecho, es una ilusión. Una vez que se retiran, las cosas que proporcionaban equilibrio a su vida son lanzadas a un lado como una muñeca de trapo en un huracán.

Estos atletas son un símbolo para todos nosotros. Simplemente no estamos equipados para manejar la vida con nuestra propia fuerza y sabiduría.

Cristo respondió de manera radical a la desafortunada autosuficiencia mostrada por las personas que Él mismo creó.

En el tiempo de Jesús, esta inclinación a la autosuficiencia se vio personificada con el establecimiento de la clase religiosa; y esto se identificó

con la ciudad de Jerusalén. Después de su «entrada triunfal» en Jerusalén, Jesús echó una atenta mirada a la ciudad de una manera que Lucas describe poderosamente:

Y cuando [Jesús] llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos (Lucas 19:41-42).

¿Por qué lloró? Tal vez parte de la razón de Su dolor por la ciudad se puede ver en los días que siguieron a Su entrada. Mientras Jesús enseñaba en el templo, se enfrentó a los líderes religiosos de Israel (Mateo 23) acusándoles de orgullo religioso y arrogancia —en esencia, de autosuficiencia religiosa. Era un defecto que no sólo les destruiría a ellos sino a todos los que acudieran a ellos en busca de dirección espiritual.

Sin embargo, al final no fue con ira sino con dolor que Jesús se dirigió a ellos.

Vio su independencia y el fin destructivo de ésta cuando dijo:

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a tus profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! (Mateo 23:37).

«Y no quisiste».

Aquí vemos al Cristo todo-suficiente quebrantado por la autosuficiencia de los seres humanos caídos. Ese quebrantamiento se ve en las lágrimas de Su rostro a las puertas de Jerusalén —las lágrimas de un Dios cuyo corazón estaba roto.

Ciertamente, las personas no estaban preparadas para encontrarse con este tipo de Dios. De hecho, incluso hoy luchamos con la idea de un Dios desconsolado. El músico Michael Card entendió la sorpresa que esto habría representado para los que observaban a Cristo y cantó acerca de ello en «A un Dios quebrantado»:

*No estaba al tanto
De cómo es con un Dios
quebrantado;
En Ti pensaba,
Como que por encima
de mi dolor estabas;
Perdido en mi desesperación,
Así es con un corazón roto;
Nunca soñé
Que pudieras sentir igual²
El Señor Jesucristo —el
Hijo de Dios y Creador del
universo— experimentó
profundo quebrantamiento
al llorar por la terca
independencia que causó, y
sigue causando, el rechazo
hacia Él de parte de los
hombres y las mujeres que
son el objeto de Su amor. Esto
es un poderoso contraste.*

LA PUREZA ADOPTA LO PECAMINOSO

Cuando yo era estudiante en el seminario bíblico, nuestro pastor a menudo decía: «Una manzana buena no convierte a una manzana podrida en buena. Siempre es al revés». Él estaba hablando acerca del poder de la influencia, en particular cuando se trata de

una influencia corruptora. Y en lo que concierne a la mayoría de nuestras relaciones en la vida, tenía razón. La corrupción infecta todo lo que toca.

Sin embargo, en el caso de Cristo, vemos lo inverso a ese concepto. Jesús no se vio manchado de manera alguna por su relación con personas espiritualmente consideradas «manzanas podridas». Por el contrario, Su misión era redimirlas purificándolas de la corrupción que caracteriza a la condición caída de la humanidad.

Esto, francamente, fue algo que los líderes religiosos luchaban por entender. Trabajaban largo y tendido por mantener una apariencia de pureza personal y ceremonial, y una gran parte de ese esfuerzo era mantener una distancia saludable para evitar todo contacto con los «pecadores».

En contraste con ello, Jesús le daba la bienvenida a toda oportunidad para relacionarse con esas personas «inmundas» a

las que la clase religiosa mantenía a distancia.

Notemos lo siguiente:

Y aconteció que estando él sentado a la mesa de la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?... [Jesús dijo] Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento (Mateo 9:10-11,13).

Para los líderes religiosos del tiempo de Jesús, era inconcebible que un Dios santo pudiera relacionarse libremente con pecadores conocidos. Pero, en realidad, fue la absoluta rectitud de Cristo lo que hizo posible tales relaciones. Debido a Su santidad y pureza innatas,

Jesús se encontraba más allá de toda contaminación por la pecaminosidad de las personas a las que encontraba. En vez de ello, claramente marcó sus vidas arrancándolas de su pecado, y llevándolas al compromiso de una vida que agrada a un Dios santo.

Como resultado de ello, Jesús lidiaba con personas pecaminosas con compasión en vez de condenación. Les tendía la mano en vez de apartarse de ellas. Esto se ve en Su encuentro con una mujer pecadora en Juan 8:

Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para

poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más (vv. 2-11).

Los líderes religiosos trataron de usar a esta mujer para atrapar a Jesús. Vieron a la mujer misma como prescindible. La usaron para

crear un dilema para Jesús. ¿Estaría Él de acuerdo con Moisés en que los adúlteros merecían la muerte? Si era así, Él tendría que permitir una ejecución judía que desafiaría las leyes de la ocupación romana.

Jesús expuso la hipocresía de ellos sin excusar el pecado de ella. Su compasión hizo mucho más que rescatarla de las piedras de la turba religiosa. Con ternura la instó a hacer uso del hecho de que Él no la condenaba como una oportunidad para aceptar los mejores caminos del Dios que la amaba.

ENCONTRANDO A DIOS EN LA CRUZ

En la película ganadora de siete premios Óscar, *La Lista de Schindler*, nos vemos enfrentados a los horrores y maldades del Holocausto. En el proceso, aprendemos la verdadera historia de Oskar Schindler, un hombre que era una especie de paradoja. Era un especulador de la guerra y miembro del partido nazi, pero rescató a 1.100 judíos de los campos de la muerte, comprando sus vidas al precio de una gran pérdida personal.

El momento clave de la historia se da cuando Itzhak Stern, el contable judío de Schindler, está armando una lista de prisioneros para que Schindler los rescate. De repente, Stern se da cuenta de que las personas cuyos nombres aparecen en la lista —que representan a los que han sido rescatados de los hornos nazis— han sido comprados por Schindler

con las ganancias que éste había obtenido. ¿El comentario de Stern? «La lista es un bien absoluto. Es vida». Esto era cierto porque la lista representaba una demostración de amor extremo y compasión sorprendente frente a una extraordinaria maldad.

De todas las cosas asombrosas que Cristo nos cuenta acerca de Dios, puede que ésta sea la más grandiosa de todas. En términos de las expectativas que el hombre tiene de Dios y la representación que Cristo hizo de Él, tal vez el mayor de todos los contrastes se vea en lo que Cristo logró en la cruz.

Jesús dijo: «Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10), y fue en la cruz donde esta búsqueda tuvo lugar al fin. Pero sucedió de una manera que resolvió las necesidades más profundas de nuestro corazón. El salmista escribió:

*La misericordia y la
verdad se encontraron;*

*la justicia y la
paz se besaron
(Salmo 85:10).*

El perfecto equilibrio entre la misericordia y la verdad se determinó en la cruz. Con divina misericordia, el Hijo de Dios tomó nuestro lugar. Por medio del sacrificio de Su vida por la nuestra, Él nos rescató de la verdad de nuestra condición y del juicio que merecemos.

***Porque el Hijo
del hombre
vino a buscar
y a salvar
lo que se
había perdido.***

—Lucas 19:10

Allí, en el Calvario, Jesús pagó por nuestro pecado y nos libró de una vez por todas de lo que de otro modo habría sido el destino de:

- nuestra condición ordinaria,

- nuestra insignificancia,
- nuestro quebrantamiento,
- nuestra rebeldía,
- nuestra ineptitud e insuficiencia, y
- nuestra condición de pecadores.

Es en la cruz donde verdaderamente vemos «la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4:6). El perfecto amor en equilibrio con la perfecta justicia. La perfecta verdad en equilibrio con la perfecta gracia. Fueron la sorpresa y el regalo finales que todos nosotros necesitamos desesperadamente.

¿DÓNDE ENCAJO YO?

Supongo que, en algún momento, nos sentimos obligados a preguntar: «¿Qué significa todo esto para mí?»

Para responder a esa pregunta se deben considerar dos aspectos. Si usted no conoce a Cristo de manera personal, el no haberle pedido jamás que perdone sus pecados, significa que hay una respuesta. Hay esperanza, porque hay un Dios que dio a Su Hijo para mostrarle a usted quién es Él y cuánto le ama. Ese Dios le ofrece a usted el regalo de Su perdón y amor—un regalo que sólo puede aceptarse por fe.

Sin embargo, para el hijo de Dios, el desafío es diferente. Así como Jesús vino para mostrarnos a Dios, nosotros también somos llamados a hacer lo mismo. No podemos hacer esto con nuestra propia energía, pero podemos hacerlo por medio de Su gracia y fuerza. Pablo dijo:

Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios (2 Corintios 5:20).

Embajadores en nombre de Cristo. Sus representantes ante un mundo en necesidad. Este desafío es un privilegio y una responsabilidad, tal y como lo afirmó el grupo musical cristiano 4Him (Para Él) en su canción «Visible». Allí escuchamos la misión con claridad:

*Para que Te conozcan
Para que Te vean
Para ser Tus manos
Oh, quiero ser
Una revelación de amor
Oh, quiero, quiero hacer
Al Dios invisible, visible³.*

1. Michael W. Smith, Martin Smith y Matt Bronleewe, ©2004 Word Music/Smittyfly Music/Curious?Music (ASCAP)

2. Michael Kelly Blanchard, ©2002 Gotz Music (ASCAP)

3. Mark Harris, ©2003 New Spring Publishing, Inc. Ryanlynn Publishing (ASCAP).